

Desertar del juego

G 1

regorio se escondía detrás del carrito de jugo de frutas. Podía ver desde allí, detenidos en el tiempo, a tres de sus secuaces. Los habían agarrado con facilidad. Pudo haberlos liberado en un santiamén, pero estaban muy lejos. Y nadie los vigilaba. Acaso era una trampa. Si lo atrapaban a él, sí que estarían muy jodidos. No iba a soportar que le ganaran los de grado Quinto. Incluso los de Cuarto se la montarían. Sabía que no podía levantar un dedo frente a ninguno después de lo que había pasado en el baño. Y también en la cancha de fútbol. Y en uno de los salones, cuando él y Fabián hicieron estremecer las tablas de las paredes, mientras se daban trompadas por el mismo malentendido de siempre... El de los lápices perdidos.

El tarro de las aspirinas del Rector brincó en su escritorio. El señor Onexis Redondo no se inmutó. En ese momento vigilaba el ventilador sobre su cabeza, con las manos en la nuca, ya sin la esperanza de que el aparato volviera a encender. Tenía abierta la camisa

* Tutor docente en el Programa "Todos a Aprender" del Ministerio de Educación Nacional. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. El relato "Desertar del juego" fue finalista del VIII Premio Nacional de Cuento "La Cueva".
e-mail: juliodenis24@gmail.com



De la serie "El lugar de la casa" (Lilia Miranda).

y recibía las brisas calientes que bajaban de los cerros por el río seco. Intentaba recordar cómo era que había llegado a aquel pueblo destartado y sin lluvia. Se dio cuenta de que había ya olvidado el día en que conoció a los primos Fabián Malo y Gregorio Altamiranda. A su imaginación, sin embargo, llegaron los dos rostros, los nudillos apretados y contrapuestos, enfrentados desde el primer día. Y lo que nunca pudo borrar de su cabeza, desde que los conoció: el significado de la palabra némesis.

Un revoloteo de gritos invadió la oficina. No quería levantar su cuerpo del sillón, sino hasta que acabara la jornada. Finalmente, comenzó a abotonarse la camisa. Cuando llegó, tuvo

que abrirse paso entre la pila de estudiantes que cercaba el salón. Nadie estaba adentro, aparte de aquellas dos fuerzas incontrolables. Ni siquiera los profesores se atrevieron más que a observar el desorden de pupitres volcados. Al primero que vio el Rector fue al de Sociales, pegado al ventanal, como un niño que contempla el jugueteo de dos ardillas, una de ellas con puños tan ligeros que iban de abajo arriba con rapidez.

Fabián trataba de atenzar su brazo izquierdo alrededor del cuello de Gregorio y tiraba puñetazos con la derecha. Por un momento, ambos estuvieron casi abrazados para evitar seguir encajándose golpes, como el que ya tenía Gregorio en el pómulo. Gregorio tenía

2

agarrado a Fabián por el cuello de la camisa; aunque sus puños eran como piedras, no era muy hábil con el brazo izquierdo. No le quedó a Gregorio sino cargar con el peso de los dos y tirarse hacia atrás, como los actores de lucha libre. Fabián se vio sorprendido y trató de incorporarse lo más rápido que pudo, pero Gregorio estaba encima de él. Cuando eso, el Rector se escurrió hasta el salón por entre los pequeños espectadores alborotados. Apoyando una de las manos en el marco de la puerta, vio cómo Gregorio dejó caer los puños sobre los brazos con que Fabián se cubría la cara. El Rector agarró a Gregorio por el cinturón y lo echó hacia atrás. El profesor de Sociales entró al salón y ayudó a que Fabián se levantara. A lo lejos se escucharon los silbatazos del profesor de Educación Física y los estudiantes comenzaron a dispersarse.

El Rector se puso las manos en la cintura. Dio un suspiro largo, sin dirigirles la mirada. Aquel hombre, negro hasta el bigote por insistencia genética, y de barriga prominente, miraba a través de la ventana del salón la calle polvorienta que se explayaba hasta la salida del pueblo. Escuchó que el profesor de Sociales decía algo a los dos primos. Palabras que le llegaban como desde otro mundo. Hasta que volvió en sí.

“Caminen”, les dijo, dirigiéndolos a Rectoría...

Gregorio seguía escondido detrás del carrito de jugos de frutas, esperando que pasara algo. Pero sus tres secuaces estaban aún inmóviles en mitad de la plaza, bajo el sol de cuatro de la tarde. Don Julio se movía de un lado a otro, mientras preparaba un vaso de nispero, y Gregorio se agazapaba lo mejor que podía, cuando vio salir a Fabián por la calle que terciaba la Iglesia, mirando a todas partes, buscándolo a él.

Fabián es como uno de esos perros de caza que siempre van a la ofensiva con una ansiedad irracional. Esta mañana el comandante Gregorio Altamiranda tampoco le ha soltado el cáñamo que lo amarra a uno de los palos que se levantan en medio de la vegetación agresiva. Fabián duerme sentado, de espaldas al viejo tronco. El Comandante se cepilla los dientes con una mano apoyada en una cerca de alambres. Está apenas con un pantalón con todo tipo de verdes desteñidos y tiene puestas unas botas negras. Escupe de vez en cuando un salivón rojiblanco sobre las hojas muertas y vuelve a meter el cepillo a la boca, levantando la mirada a lo alto, tratando de ver entre las ramas por donde se filtra el gorjeo nítido de los pájaros escondidos. De vez en cuando detiene la mano que empuña el cepillo y contiene la respiración, tan sólo para escuchar un mestizaje de cantos que se mueve con la brisa que pasea por los cerros.

El Comandante se enjuaga la boca y se libera del sabor a sangre. El frío de la noche anterior se le ha concentrado en los riñones y se los está destajando cada vez que va a mear. Se limpia la boca con el antebrazo y se acerca a Fabián. Le da un puntapié en la pierna. “Levántate, que hoy es el día”, dice. Fabián vuelve del sueño con un ronquido. Intenta tragar saliva, pero el cáñamo le quema el pescuezo. El Comandante le da otro puntapié en las botas pantaneras. Se inclina. “Estos hijueputas nos pisan los talones, pero hoy es el día”. A Fabián la luz de la mañana no termina de despegarle los párpados, y nada más que escucha la voz del Comandante, a lo lejos: “Nos encontraremos allá con los demás”. Palabras como un machete cortando los matorrales del cerro que durante días los ha ocultado a ambos del Ejército.

Fabián es como los perros de caza que despiertan en medio de un cementerio de sueños que se olvidan al abrir los ojos.

3

A las cuatro y veinte de la tarde, cuando el Rector escucha el segundo disparo, el primero ya está dentro de su cabeza. La última imagen que lleva consigo es la sombra esbelta del Comandante, cubriéndolo, acariciándole la nuca con el metal frío que durante años había aguardado por él con recelo. El Rector se desparrama sobre el pavimento aún caliente de la cancha de microfútbol. Sus cuatro hijas, no muy lejos de allí, se mantienen imperturbables, mientras les arrancan las faldas, cada una con un rictus en la boca, por la que no alcanza a salir ni un solo rosario.

Habían comenzado antes de que el Comandante llegara. Sabían que el Ejército venía varios pasos detrás de ellos, aunque no se atrevería a entrar al pueblo una vez que llegaran al caño de Mataperro. Habían apilado detrás del Colegio cuerpos de hombres y de los niños que jugaban al congelado en la plaza. Ninguno con la cabeza que les correspondía. Ninguno que hubiese podido quedarse quieto, justo donde estaba. Porque la orden era matar todo lo que se moviera. Todo lo que intentara correr en la casa de Jesús Meza o por el patio del profesor Ermel, o entre los corrales del señor Edíl. Todo lo que se tirara a cruzar el brazuelo del río. Todo lo que parpadeara o no hubiese querido ver el milagro de un atardecer color púrpura.

4

El Comandante Gregorio Altamiranda se inclina y da unas palmadas suaves a las nalgas muertas del Rector Onexis Redondo. Contempla la fila de cuerpos a lo largo de la cancha, hasta que escucha a lo lejos el ruido de un helicóptero, como el corazón de un animal asustado. Mientras se levanta siente un crujido en las rodillas y la misma punzada de siempre en

los riñones. Dos balas de una ráfaga mal disparada se le incrustan en el hombro y el brazo izquierdos. No sabe de dónde viene. Tres de sus hombres quedan sin oportunidad de levantar los fusiles. Los demás corren a guarecerse. El Comandante se deja caer al suelo y aprieta los ojos. Los disparos siguen llegando.

Por primera vez, el Comandante queda resguardado en ese lugar oscuro y color naranja que le hace arder los párpados. Por primera vez siente el sol de las cuatro de la tarde quemándole la cara. El sudor adhiriéndose a su camisa. El polvo cubriéndole los pies descalzos. Cuando abre los ojos, ve que Fabián Malo sale por la calle que tercia la Iglesia. Buscándolo a él. El Comandante sabe que es una trampa y que no debió confiarle otra vez un fusil al maldito Fabián. El veneno de los proyectiles comienza a recorrerle el pecho — las balas ya no se escuchan—. Cierra y abre los ojos como un acto de impotencia al saber que Fabián Malo lo reta, quizá simulando no haberlo visto aún, esperando a que se atreva a salir y liberar a sus amigos de curso.

Y no queda más que eso. La justa confrontación —saber si perderás o ganarás—. El Comandante tiene aún en su mano el metal caliente recién disparado —sabe que con ese perderá—. Piensa en levantarse. Gregorio empuña las manos sudorosas, toma aire y se echa a la carrera en dirección a los tres pobres diablos que siguen inmóviles en mitad de la plaza. El Comandante le apunta a agarrar uno de los fusiles de sus hombres caídos. Gregorio alcanza a tocar la espalda de uno de sus amigos y trata de correr hacia el segundo. Fabián levanta el fusil con una precisión que por años se ha recreado en sus pesadillas, esperando que esa vez no le tiemblen los dedos ni que el aire entre demasiado rápido en el pecho, tan sólo para ese momento sublime en que apenas —y sólo apenas— ha comenzado a entrar en el juego.